

1) Página lírica

de Juan Ramón Jiménez

AZUCENA Y SOL

Nada me importa sufrir,
con tal de que tú suspires,
por tu imposible yo,
tú por mi imposible.

Nada me importa morir,
si tú te mantienes libre,
por tu imposible yo,
tú por mi imposible.

¡ADIÓS!

Primero, ¡con qué fuerza
las manos verdaderas!

—La verja se ha cerrado.
Se cruzan solitarios
el corazón y el campo—.

¡Con qué porfía, luego,
las manos del recuerdo!

PENAS BLANCAS

EL

Ha querido la luna
—¡esa luna de llantos!—
acercarse a la tierra.

¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
¿Para darme tristeza?

—¿Para qué?—¿tú lo sabes?—
ha querido la luna
acercarse a la tierra?—

¡Tanta flor!—¡tanto nardo,
tanta clara azucena!—
llena el valle del mundo
de blancura y de esencia!

¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
¿Para darme tristeza?

—¿Para qué?—¿tú lo sabes?—
tanta flor llena el mundo
de blancura y de esencia?—

¡Para qué, aquella tarde,
enlutada de blanco,
entre risas y lágrimas,
me besaste en la tierra?

¿Para qué? ¡Quién lo sabe!
¿Para darme tristeza?

—¿Para qué?—¿tú lo sabes?—
entre risas y lágrimas,
me besaste en la tierra?—

ELLA

¡Qué sé yo... ¡Para darte tristeza!

ADOLESCENCIA

En el balcón, un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.

—El paisaje soñoliento

dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño—.

Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.

—Caían las hojas muertas,
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aún
un perfume de heliotropos—.

No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
...y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.

ARIAS TRISTES

1

Río de cristal, dormido
y encantado; dulce valle,
dulces riberas de álamos
blancos y de verdes sauces.

—El valle tiene un ensueño
y un corazón: sueña y sabe
dar con su sueño un son lánguido
de flautas y de cantares—.

Río encantado; las ramas
soñolientas de los sauces,
en los remansos caídos,
besan los claros cristales.

Y el cielo es plácido y blando,
un cielo bajo y flotante,
que con su bruma de plata
acaricia ondas y árboles.

—Mi corazón ha soñado
con la ribera y el valle,
y ha llegado hasta la orilla
serena, para embarcarse;
pero, al pasar por la senda,
lloró de amor, con un aire
viejo que estaba cantando
no sé quién, por otro valle—.

3

El pastor, lánguidamente,
con la cayada en los hombros,
mira, cantando, los pinos
del horizonte brumoso;
y el rebaño soñoliento
levanta nubes de polvo,
y llora con sus esquilas,
bajo la luna de oro.

La aldea del valle está
quieta en humo blanco. Todo
lo que era alegre al sol, sueña
no sé qué amores llorosos.

Ya no se ve el río oscuro,
perdido en sí mismo. Solo,
en la ciega paz inmensa,
se siente que tiene fondo.

Flota el humo blanco. El valle

se queda más solo y lóbrego.
Las esquilas lloran más,
bajo la luna de oro.

13

He venido por la senda,
con un ramito de rosas
del campo.

Tras la montaña,
nacía la luna roja;
la suave brisa del río
daba frescura a la sombra;
un sapo triste cantaba
en su flauta melodiosa;
sobre la colina había
una estrella melancólica...

He venido por la senda,
con un ramito de rosas.

14

Todo el campo estaba lleno
de humo blanco. La cabaña
tenía a su puerta fiesta
de tamboriles y flautas.

La luna grana nacía
sobre la ermita. Las cabras
iban, bajo las estrellas,
a las vecinas majadas;
y por los caminos, verdes
de luciérnagas, lloraban
sus esquilas, como si
llevasen dentro mis lágrimas.

Yo nunca había subido
a la colina; y mi alma,
lánguida al son, triste a ella,
de tamboriles y flautas
—en el campo soñoliento,
eternamente sonaban,
muy lejos, sin extinguirse,
las esquilas de las cabras—,
lánguida, ansiosa de huir,
entre la dulce añoranza
—estrellas, música, luna—
de la campiña aldeana;
se fué, dentro de mi cuerpo,
y subió. Y a una luz plácida,
vió que al otro lado había
un valle verde y con agua.

JARDINES LEJANOS

2

Bajo al jardín. ¡Son mujeres!
¡Espera, espera! ...Mi amor
coje un brazo. ¡Ven! ¿Quién eres?
¡Y miro que es una flor!

¡Por la fuente; sí, son ellas!
¡Espera, espera, mujer!
...Cojo el agua. ¡Son estrellas,
que no se pueden cojer!

7

—No era nadie. El agua. —¿Nadie?
¿Que no es nadie el agua? —No
hay nadie. Es la flor. —¿No hay nadie?
Pero, ¿no es nadie la flor?

—No hay nadie. Era el viento. —¿Nadie?
—¿No es el viento nadie? —No